

Religión

LO HUMANO EN LA IGLESIA

El aspecto humano de la Iglesia nos recuerda por contraste el aspecto divino de la misma. Entendemos por aspecto divino, formal o constitucional de la Iglesia, el conjunto de elementos establecidos en ella por su divino Fundador: poderes jerarquizados, doctrina revelada, medios externos e internos de santificación. Atendido este su aspecto formal, la Iglesia es divina, santa, perfecta, inmutable (Véase SIC, octubre 1953, p. 353 ss.).

Descendiendo del plano constitucional de la Iglesia, nos encontramos con su aspecto material, humano, con los individuos que la componen, con la congregación de fieles que, aceptando el Cristianismo, se incorporaron a él por medio del bautismo. La Iglesia en su aspecto material, o sea, la multitud de los miembros que la componen, sean ministros de la misma, sean simples fieles, es santa en cierto sentido, a saber: por su vocación que es la santidad, por la abundancia de medios con que cuenta para realizar este su elevado ideal, y por la conducta santa en diversos grados, de una selección de fieles más o menos numerosa.

* * *

Quedan con esto indicadas todas las luces que abrillantan el cuadro de la Iglesia aun en su aspecto material. Para completar dicho cuadro es preciso que enfoquemos ahora nuestra atención sobre las posibles sombras del mismo. Pero en este punto un error especioso sale a nuestro encuentro y trata de atajar nuestros pasos, negando precisamente en buena parte aquellas sombras que tratamos de iluminar, pues rechaza la posibilidad de deficiencias gravemente culpables en la Iglesia. Se-

gún los patrocinadores de esta aberración, la Iglesia militante no se compondría de justos y pecadores, sino solamente de justos. Los pecadores reos de cualquier pecado grave, por el mero hecho de serlo quedarían excluidos de la Iglesia. Este notable error tan exageradamente puritano, por el matiz de idealismo que presenta, ha logrado muchos partidarios; ha sido una mala yerba tenaz que, muchas veces tronchada otras tantas ha vuelto a rebrotar, desde el siglo II en que la cultivaron los montanistas, hasta nuestros días en los cuales la siguen acariciando los luteranos y anabaptistas.

En este error encontramos uno de los principales resortes que desencadenaron la rebelión protestante. Los iniciadores del Protestantismo, al contemplar la plaga de inmoralidad que invadía los miembros de la Iglesia sin perdonar a sus ministros, se rasgaron las vestiduras en un gesto de indignación, y cegados por el espejismo de que no podía ser la verdadera Iglesia de Jesucristo aquella que aparecía tan manchada de pecados, renegaron y se apartaron de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Rebelión funestísima con la cual, lejos de atajar el mal, confinado hasta entonces al campo de las costumbres, lo afianzaron y ampliaron extendiéndolo al terreno mucho más transcendental y explosivo, de las ideas y principios.

* * *

La verdad va por otro camino.- La Iglesia no es el conjunto invisible de sólo aquellos fieles que están en gracia, en comunión espiritual, en amistad con Dios. Por disposición de su divino Fundador, la Iglesia es una sociedad externa y visible, destinada a la purificación, salvación y santificación de las almas; es el medio externo por el cual los fieles pueden alcanzar la justificación, conservarla una vez alcanzada, recobrarla si la perdieron, aumentarla indefinidamente acercándose a las cimas de la santidad cristiana.

Tres puntos concretos de la doctrina católica, perfectamente comprobados, señalan el camino acertado. En primer lugar los hombres se hacen miembros de la Iglesia y se incorporan a ella mediante el santo bautismo. En segundo lugar los fieles, no quedan inmunizados contra las tentaciones ni leves ni graves, por el mero hecho de ser miembros de la Iglesia. En fin los fieles bautizados dejan de pertenecer a la Iglesia, no por cualquier pecado grave que cometan, sino solamente a consecuencia de determinados pecados graves cuales

son taxativamente los pecados de apostasia, herejía o cisma. Todo pecado grave destruye en quien lo comete la gracia santificante con todos los bienes que de ella dependen. Pero sólo aquellos pecados graves que van directamente contra la pertenencia del sujeto a la Iglesia, destruyen en el pecador su condición de miembro de la Iglesia, la excluyen de la Iglesia.

En resumen: que mientras dura la gran prueba y batalla de la vida presente, todos los fieles, aun perteneciendo a la Iglesia y sin dejar de ser hijos de la Iglesia, quedan expuestos a muchísimas tentaciones y pecados leves y graves. "Milicia es la vida del hombre sobre la tierra" (Job. 7, 1). "Vigilad, pues, y orad, para que no caigáis en tentación" (Mt. 24, 41). "Sed sobrios y estad en vela, porque vuestro enemigo el diablo, como león rugiente acecha en torno buscando a quién devorar". (1 Pt. 5, 8). "Así pues, el que crea estar de pie, mire no caiga" (1 Cor. 10, 11).

Cierto que Dios en la Iglesia y por la Iglesia nos ofrece incontables y poderosísimos medios de defensa y de recuperación, mediante los cuales todos los pecadores podrían convertirse y todos los justos podrían perseverar; pero ordinariamente no nos asegura contra nuestros enemigos espirituales, sino que nos deja expuestos a sus ataques, y por otra parte respeta y deja libre juego a un factor que puede anular todos aquellos preservativos y es la clave del problema: nuestra libre voluntad. Nuestra libertad! He aquí nuestra grandeza y nuestra miseria; la facultad que nos hace hasta cierto punto soberanos, señores de nuestros actos y dueños de nuestros destinos; pero que consiguiénte nos hace también responsables, y combinada con nuestra fragilidad y malicia, nos puede precipitar en los más profundos abismos de la degradación.

* * *

El mismo Jesucristo expresó claramente la posibilidad de deficiencias, vicios y pecados en los miembros de la Iglesia, y aun predijo su futura existencia. Baste por el momento recordar la parábola de la cizaña (Mt. 13, 24-30). La cizaña vive mezclada con el trigo hasta el tiempo de la siega; y de la misma manera, en el Reino de Dios que es la Iglesia, el vicio puede desarrollarse junto a la virtud, los malos pueden vivir mezclados con los buenos, hasta que llegue el momento de la cuenta y de la separación.

Los apóstoles fueron igualmente explícitos en esta materia. Ni se conten-

tan con afirmar la posibilidad de llagas morales en la Iglesia; sino que nos delatan su existencia. Nos reflejan humildemente la realidad palpable de su tiempo: los defectos propios y los vicios y desórdenes leves y graves de las primitivas comunidades cristianas. Para convencerse plenamente de ello basta leer por ejemplo los seis primeros capítulos de la primera carta de San Pablo a los fieles de Corinto, en los cuales el Apóstol trata de corregir los abusos y desórdenes de aquella comunidad. Idéntica impresión producen en el lector las siete cartas dirigidas a los Obispos de las siete Iglesias del Asia, que se encuentran en el Apocalipsi (Cap. 2-3) y en las que se mezclan las alabanzas y los vituperios. Particularmente la carta dirigida al Obispo de Laodicea es una recriminación tremenda. Unas pocas palabras bastarán como muestra: ". . . porque estás diciendo: yo soy rico y hacendado y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado y miserable y pobre y ciego y andrajoso".

* * *

Reflejo fiel del pensamiento bíblico, clara y segura como él, es la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la defectibilidad de sus miembros. San Agustín, en el ocaso de su vida, siente la necesidad de fijar exactamente el sentido de ciertas frases suyas escritas en tiempos anteriores, las cuales podían sugerir un optimismo exagerado, y advierte en sus Retracciones (l. 2, c 18): "Siempre que en mis libros hablé de la Iglesia sin mancha ni arruga, no se ha de entender como si ya fuera así, sino que se prepara para llegar a serlo en su aparición gloriosa. Porque ahora, a causa de ciertas ignorancias y debilidades de sus miembros, tiene por qué decir cada día: Perdónanos nuestras deudas".

En los años que corrieron desde la aparición del Protestantismo hasta el concilio de Trento y aun antes de iniciarse la pseudoreforma protestante, los más destacados jefes y los hijos más fervorosos de la Iglesia, reconocieron en toda su amplitud, profundidad y peligrosidad los males de que aquella adolecía, los confesaron con sinceridad impresionante, clamaron a gritos por la necesaria reforma y se entregaron a la difícilísima tarea de la escarada y renovación; pero todo —a diferencia de los protestantes— sin perder la cabeza ni la acertada orientación.

Sirva de ejemplo la confesión de uno de los grandes abanderados de la verdadera reforma, el Papa Adriano VI. En una instrucción que envió al Nuncio

Chieregati y que éste leyó en la dieta de Nuremberg en septiembre de 1952, le escribía: "Debes decir también que Nos reconocemos libremente haber permitido Dios que aconteciera esta persecución de su Iglesia, por los pecados de los hombres, y especialmente de los sacerdotes y preladados. . . Sabemos también que aun en esta Santa Sede vienen ocurriendo desde hace ya algunos años muchas cosas dignas de reprensión; que se ha abusado de las cosas eclesiásticas, quebrantando los preceptos, y se ha llegado a pervertirlo todo. . ."

Se ve que no es partidaria la Iglesia de que cerremos estúpidamente los ojos para no ver la lepra, cuando acaso la lepra consume sus miembros. Precisamente el examen y reconocimiento sincero de la enfermedad es el primer paso en el camino de la curación. Hasta de las mismas miserias es posible extraer elementos aprovechables para la Apologética. "El historiador de la Iglesia —enseña León XIII— tendrá tanta más razón para hacer resaltar su origen divino, cuanto haya sido más leal en no disimular ninguna de las pruebas que sus fieles y también sus ministros han hecho sufrir a la Esposa de Cristo". (Encicl. "Depuis le jour": ASS 32 (1899) 203).

* * *

En nuestros días los que claman por reformas en la Iglesia, se fijan, más que en el pueblo fiel, en los ministros de la Iglesia; y no tanto en los pecados propiamente dichos de éstos —asunto privado de cada pecador— cuanto en ciertas deficiencias que, sin llegar quizás a pecado, pueden entorpecer lastimosamente la vida y el avance de la Iglesia. Hablan de anacronismo y atraso, de estancamiento y anquilosamiento, de estrechez mental, de inadaptación, de formalismo huero. Notan la ausencia de ideales grandes, de vida, de impulso, de entusiasmo generoso. Aseguran que los progresos de la Historia y un finísimo espíritu de crítica que en nuestros días todo lo somete a su tribunal y fallo, han puesto de relieve y permiten apreciar el volumen desmesurado de tales defectos, los cuales —añaden— para colmo de males, chocan violentamente con las corrientes vitales de nuestros tiempos.

En efecto, entre las características de la mentalidad religiosa moderna señalan su gusto y amor a la sinceridad, y la correspondiente aversión a todo lo insincero, fingido y postizo, a toda fórmula o actitud que no corresponda ple-

namente al pensamiento y sentimiento interior; subrayan su pasión por la libertad, que reacciona violentamente y se esfuerza por eliminar toda barrera no debidamente legitimada; destacan su afán de autenticidad: existe una voluntad decidida de llegar y quedarse con lo auténticamente cristiano, suprimiendo los reboques humanos que lo ocultan, desfiguran, afean y lastran; recuerdan en fin su progresismo: no se contentan las modernas generaciones con montar guardia ante el venerable museo de fórmulas, métodos, instituciones y prácticas que nos legó la antigüedad. Tratan de superar el pasado, sueñan con un futuro mejor y desean precipitar su realización librando al Cristianismo de taras y mezclas humanas, para que se nos revele en toda su pureza, belleza, vitalidad y poder expansivo.

* * *

Debería tenerse en cuenta el precedente alegato, aun cuando fuese fruto casi exclusivo de la malevolencia. En realidad lo respaldan también pensadores de buena voluntad, lo que le hace mucho más digno de nuestra consideración. (Véase Y. Congar O. P., *Vraie et fausse réformedans l'Eglise* (1950) p. 50-59).

No pertenece a nuestra competencia ni se presta la presente ocasión para verificar el examen de la realidad actual a la luz de las querellas antes mencionadas. Sí sería interesante, manteniéndonos en el terreno de las posibilidades, demarcar con toda la exactitud posible, la zona del campo eclesiástico accesible a la cisaña, determinar los límites hasta los cuales pueden extenderse las deficiencias humanas, concretamente en el ejercicio de las tres potestades jerárquicas de sacerdocio, magisterio y régimen. Nos habremos de contentar por el momento con unas indicaciones sumamente esquemáticas sobre dicho tema. (Puede verse un estudio amplio de J. Salaverri S. J. en *Estudios eclesiásticos* 27 (1953) 193-201).

* * *

Las funciones de la potestad sacerdotal son principalmente dos: la celebración del Sto. Sacrificio y la administración de los Sacramentos. En ambos casos podemos distinguir el plano institucional y el de la ejecución. Todavía en el plano institucional conviene distinguir dos zonas que podríamos llamar respectivamente divina y eclesiástica. La zona institucional divina comprende todos los elementos —acciones y palabras— determinados por Jesucris-

to, necesarios para la validez de los Sacramentos y, consiguientemente, indispensables e inmutables. En ese terreno no cabe hablar ni de imperfecciones ni de reformas. La zona constitucional eclesiástica comprende todos los elementos —acciones, palabras, ceremonias— establecidos por la Iglesia con el fin de fomentar la devoción de los fieles; su estima, su reverencia y su disposición para recibir los Sacramentos. Es claro que en esta parte litúrgica, aún sin restar nada del influjo con que el Espíritu Santo inspira a la Iglesia las formas culturales convenientes, se deja sentir la influencia de actividades característicamente humanas y defectibles. Los elementos litúrgicos fueron compuestos en determinadas épocas, regiones, idiomas. . . ; consiguientemente llevan el sello, reflejan la modalidad espiritual, la psicología religiosa de determinadas épocas y pueblos. Basta recordar la distancia que separa la liturgia romana de las liturgias orientales en la celebración de la Santa Misa.

Con gusto admitimos multitud de aciertos que podríamos llamar definitivos en la liturgia; pero es claro que en algunos casos el acierto no es y aun no puede ser sino transitorio, ya que una de las condiciones de la liturgia es su adaptación al elemento humano que trata de santificar, y los elementos humanos, si sustancialmente no cambian, accidentalmente no cesan de cambiar. Aparece, pues, en el campo de la Liturgia un horizonte amplísimo, en el que caben las imperfecciones, los anacronismos, las faltas de adaptación, capaces de menar el atractivo y la eficacia de los Sacramentos. En el mismo grado es posible y necesaria cierta evolución progresiva. Evidencian plenamente esta necesidad las últimas reformas litúrgicas relativas a la vigilia de Pascua, al ayuno eucarístico y al tiempo hábil para la celebración de la Santa Misa, y en general toda la historia de la liturgia (V. Pío XII, Encíclica "Mediador Dei": AAS 39 (1947) 541-42).

Pero donde la defectibilidad humana encuentra más amplio y fácil acceso es en la aplicación de aquellas instituciones: en la celebración de la Misa y administración de los Sacramentos. En este punto las deficiencias humanas pueden —aunque esto no suceda sino por rarísima excepción— pueden llegar a frustrar el valor de los Sacramentos; lo que sucedería si se omitiese o deformase sustancialmente alguno de los

elementos o requisitos indispensables para la validez: la intención, la materia o la forma. Sin llegar a comprometer el valor y la eficacia esencial de los Sacramentos, pueden con todo las deficiencias ser tantas y tales que, en vez de invitar a los fieles los espanten; en vez de infundirles estima y reverencia, les inspiren desprecio y repugnancia a los medios de santificación; en vez de disponerlos para la recepción fervorosa de los dones de Dios, los desconcierten y pongan a prueba su fe.

* * *

Respecto al ejercicio de las otras dos potestades eclesiásticas docente y gubernativa, hemos de contentarnos por el momento con una mera indicación. En ambas funciones —salva en todo caso la infalibilidad de la Iglesia— la defectibilidad humana puede manifestarse de manera análoga, si bien más ampliamente que en el ejercicio de la potestad sacerdotal.

* * *

Indiquemos para terminar la principal vertiente práctica de todo lo dicho. San Pablo tenía un cuidado exquisito de evitar todo lo que pudiera servir de tropiezo a los paganos en el camino de su conversión, o a los cristianos en el de su perseverancia y perfeccionamiento, "no dando en ninguna cosa a nadie ocasión de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio" (2 Cor. 6, 3). Varios santos Padres coinciden en una queja común: se lamentan de que muchos paganos quisieran convertirse al Cristianismo, pero no se resuelven a ello, paralizados por la mala vida que contemplan en muchos cristianos. San Juan Crisóstomo agudiza este lamento cuando escribe: "me atrevo a afirmar que no habría ya paganos en el mundo, si todos los cristianos fuésemos lo que deberíamos ser". San Ignacio de Loyola sentía de sí en su humildad que era puro estorbo a la acción de la divina gracia, y se esforzaba por convertirse a sí mismo y hacer de los demás instrumentos completamente dóciles, totalmente entregados a la acción de Dios.

¡Qué rápido, qué triunfal sería el avance de la Iglesia en todos los frentes, si todos sus hijos —ministros y simples fieles— "libres de toda levadura de malicia y perversidad" (1 Cor. 5, 8), fuéramos lo que el mundo necesita, lo que nos pide Jesucristo: "luz del mundo y sal de la tierra.!"

V. CANTERA, S. J.